

ENTRE CIUDADES: BUENOS AIRES, PUEBLA, BARCELONA

Paisajes culturales de la modernidad
(1888-1929)

Teresa-M. Sala

Fernando Luis Martínez Nespral (eds.)



ENTRE CIUDADES: BUENOS AIRES, PUEBLA, BARCELONA

Colección **Singularitats**

ENTRE CIUDADES: BUENOS AIRES, PUEBLA, BARCELONA

**Paisajes culturales de la modernidad
(1888-1929)**

**Teresa-M. Sala
Fernando Luis Martínez Nespral (eds.)**

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

- 11** Entre paisajes transculturales
Teresa-M. Sala, Fernando Luis Martínez Nespral

ENTRE CIUDADES

- 17** Historia de Argirópolis. Nacimiento, apogeo y ocaso de un proyecto de europeización para Argentina a través de tres exposiciones (1871, 1910, 1933)
Fernando Luis Martínez Nespral
- 31** Un año crucial y el fin del sueño modernista de la ciudad (Puebla, 1910)
Montserrat Galí Boadella
- 49** Barcelona, un paisaje cultural en transformación
Teresa-M. Sala
- 67** Las condiciones del éxito artístico entre ciudades: Buenos Aires – París – Barcelona
Nuria Peist, Vera Renau
- 85** Entre ciudades: idas y venidas de gente del teatro de Barcelona a Buenos Aires, y viceversa
Enric Ciurans

PAISAJES CONSTRUIDOS

- 101** Invención e identidades en la arquitectura del modernismo en Barcelona
Mireia Freixa

- 125** Construyendo la ciudad del saber. Nuevas tipologías arquitectónicas al servicio de las ciencias (1880-1920)
Sergio Fuentes Milá
- 145** Los paisajes de la sociedad de consumo: grandes almacenes y galerías comerciales
Joan Molet Petit
- 171** Las fachadas y la naturaleza en la Barcelona entre exposiciones
Fàtima López Pérez, Daniel Pifarré

ENTRE MONUMENTOS Y ESCULTURAS

- 191** *Voyage charmant*: escultura pública y tarjeta postal en la Barcelona de 1900
Cristina Rodríguez-Samaniego
- 205** Inauguraciones escultóricas en la prensa barcelonesa: *Il·lustració Catalana* (1903-1910)
Natàlia Esquinas Giménez

HISTORIA DE ARGIRÓPOLIS. NACIMIENTO, APOGEO Y OCASO DE UN PROYECTO DE EUROPEIZACIÓN PARA ARGENTINA A TRAVÉS DE TRES EXPOSICIONES (1871, 1910, 1933)

Fernando Luis Martínez Nespral

Universidad de Buenos Aires

Nosotros necesitamos mezclarnos a la población de países más adelantados que el nuestro, para que nos comuniquen sus artes, sus industrias, su actividad y su aptitud al trabajo.¹

Presentación del proyecto sarmientino

Argirópolis es el título de un libro escrito por Domingo Faustino Sarmiento en 1850. Su objeto principal era la propuesta de una nueva ciudad capital (para la cual proponía dicho nombre) en lo que él denominaba «Estados Unidos de Sudamérica» y que en su proyecto reunía las actuales repúblicas de Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay. Pero, más allá de esta idea, que luego no se concretó, en la fundamentación de las ventajas de una nueva capital Sarmiento expone ampliamente su diagnóstico sobre el estado de estos territorios y, en especial, sus propuestas reformadoras.

Nos basaremos por ello en este texto para presentar el proyecto sarmientino, que en varios de sus aspectos se implementó en Argentina y cuyo nacimiento, apogeo y ocaso coinciden con las exposiciones de las que nos ocuparemos en este capítulo y se reflejan en ellas.

Sarmiento fue un activo opositor del gobierno de Juan Manuel de Rosas (gobernador de la provincia de Buenos Aires y encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina entre 1829 y 1852) y por ello debió exiliarse a Chile, desde donde escribió el li-

¹ SARMIENTO, Domingo Faustino (1850). *Argirópolis*. Buenos Aires: Claridad, pág. 116.

bro en el que hoy nos basamos. Poco después de la derrota de Rosas, en 1852, Sarmiento pasará a ocupar lugares protagónicos en la política argentina: gobernador de San Juan, su provincia natal, ministro, senador, embajador y, finalmente, presidente de la nación en el período 1868-1874. Fue sin duda el principal intelectual argentino del siglo XIX, a la vez revulsivo y brillante, y actuó como el mayor ideólogo del proyecto de país que llevó adelante su generación.

La propuesta se basaba en la europeización de Argentina y su inserción en el comercio internacional como exportador de productos agrícolas e importador de bienes industriales. Así lo expresaba Sarmiento: «Nosotros no seremos fabricantes sino con el lapso de los siglos y con la aglomeración de millones de habitantes; nuestro medio sencillo de riqueza está en la exportación de las materias primas que la fabricación europea necesita».²

Dos factores claves en dicho proyecto eran la exterminación, expulsión o asimilación de los colectivos autóctonos (pueblos originarios y gauchos) y la posterior repoblación del país con inmigrantes europeos que ocuparan y «civilizaran» el territorio.

Ambas acciones se llevaron a cabo. La primera de ellas a través de sucesivas «campanas al desierto» emprendidas por diversos gobernantes, y especialmente la más importante, que encabezó el general Julio Argentino Roca entre 1878 y 1885 y que, a raíz del éxito en la concreción de sus objetivos, fue bautizada definitivamente en la historiografía argentina como la «conquista del desierto».

Debemos aclarar que no se llamaba a ese territorio «desierto» por su aridez —ya que, por el contrario, son tierras extremadamente fértiles—, sino que la generación de Sarmiento lo entendía como «desierto» o vacío pues «solo» estaba habitado por indios o gauchos y, por lo tanto, desde su concepción, en cuanto que la «civilización» occidental no había llegado allí, estas tierras se hallaban desiertas. Así lo explicaba Sarmiento: «Nuestros padres nos han dejado una inmensa herencia desierta, y una inmensa tarea que llenar para desempeñar nuestro papel de nación y parte constituyente del mundo».³

² *Ibid.*, pág. 114.

³ *Ibid.*, pág. 132.

En la conquista, los pueblos originarios que habitaban la región pampeana fueron asesinados o expulsados al sur del territorio ocupado, e incluso se capturó a algunos de los supervivientes como prisioneros y se los trasladó a Buenos Aires para el servicio de las familias acaudaladas, mientras que otros llegaron a ser exhibidos como curiosidad en el Museo de la ciudad de La Plata.

Estas acciones militares permitieron ocupar una gran cantidad de territorio de excelente fertilidad y aptitud para la producción agropecuaria, que a partir de ello se repobló con millones de inmigrantes predominantemente europeos que llegaron en las décadas siguientes. Se estima que en el período transcurrido entre 1880 y 1930 arribaron unos seis millones de personas, de las cuales cuatro millones se afincaron en Argentina de manera permanente.

Tengamos en cuenta que en 1850, en *Argirópolis*, el propio Sarmiento estimaba que la población argentina no llegaba al millón de habitantes —«Argentina tiene país para cien millones de habitantes y no cuenta con un millón de hijos»—⁴ y que el censo de 1869, realizado durante su presidencia, arrojó un total de dos millones de habitantes, que irían creciendo de manera exponencial en unas pocas décadas. Pero, naturalmente, no era indistinto de dónde provinieran los inmigrantes. La propuesta se centraba específicamente en los europeos, que, desde la mirada de Sarmiento y su generación, eran los únicos que podían contribuir a la «civilización» de este territorio: «Hágase de la República Argentina la patria de todos los hombres que vengan de Europa».⁵

Como hemos podido observar, el proyecto sarmientino fue formulado a mediados del siglo XIX y su implementación efectiva tuvo lugar ya en la segunda mitad de dicho siglo. Unas décadas más tarde, hacia comienzos del siglo XX, vivió su auge pero, al mismo tiempo, la emergencia de un nacionalismo y de diversos movimientos sociales provocó su ocaso, que se extendió entre 1914⁶ y la década de 1930.

⁴ *Ibid.*, pág. 115.

⁵ *Ibid.*, pág. 126.

⁶ El régimen político oligárquico que llevaba adelante el proyecto sarmientino sufrió un gran revés en 1914 con la aprobación de la ley de voto universal, secreto y obligatorio, fruto de las presiones de los movimientos sociales y polí-

Casi simultáneamente a cada una de estas etapas de nacimiento, apogeo y ocaso, tuvieron lugar en Argentina sendas exposiciones que emulaban el modelo de las grandes exposiciones internacionales. La primera de ellas, en Córdoba en 1871, fue impulsada por el propio Sarmiento, en ejercicio entonces de la presidencia de la nación, y representa de alguna manera el nacimiento de su proyecto.

Años más tarde, la gran exposición del centenario de la independencia argentina, que se organizó en Buenos Aires en 1910, mostró el apogeo del proyecto sarmientino en el marco del pico de la inmigración y consolidación del modelo agroexportador. Y ya en 1933, solo un par de décadas más adelante, la exposición de la industria argentina, realizada en Buenos Aires, muestra definitivamente el ocaso del sistema imaginado por Sarmiento, tanto por su énfasis industrial —que el propio nombre delata— como por una posición abiertamente nacionalista que luego desarrollaremos.

Las páginas siguientes se dedicarán, pues, a estas tres exposiciones en cuanto que símbolos de las tres épocas.

La Exposición Nacional de Córdoba (1871)

Como ya hemos mencionado, Sarmiento asumió la presidencia en 1868, más exactamente el 12 de octubre de dicho año, y el 9 de diciembre decidió comenzar la organización de una exposición que, de acuerdo con estos planes iniciales, debía inaugurarse en abril de 1870. La celeridad en la puesta en marcha de esta iniciativa, a menos de dos meses de asumir el cargo, muestra la trascendencia que esta tenía en el proyecto sarmientino.

Sarmiento había hecho un largo viaje, entre 1845 y 1847, encomendado por el Gobierno de Chile durante su exilio en ese país, en el cual había visitado el norte de África, Brasil, Estados Unidos y, fun-

ticos opositores. Con ello perdieron su sustento político, que se basaba en el fraude electoral, y en las primeras elecciones libres triunfó la oposición, que gobernó entre 1916 y 1930. En este año se produjo el primer golpe de Estado desde la organización nacional. La década de 1930 representó la última fase del ocaso del antiguo régimen, que concluyó definitivamente en los años cuarenta con el advenimiento del peronismo.

damentalmente, una larga serie de países europeos, incluidas Francia, España, Italia, Suiza y Alemania. Por lo tanto, si bien su viaje fue anterior a las grandes Exposiciones Universales, sin duda vivió el clima que las generó y pudo visitar otras exposiciones locales. Por otra parte, siguió conectado a las novedades europeas toda su vida y volvió a viajar entre 1865 y 1868, por lo cual, en su afán por imitar el modelo europeo, tuvo muy tempranamente la convicción de la importancia de este tipo de muestras.

El nombre oficial asignado fue el de «Exposición de Artes y Productos Nacionales», aunque, como veremos luego, tuvo un carácter internacional, pues se presentaron productos de diversas procedencias extranjeras y, desde el comienzo de su organización, se extendieron invitaciones a distintos países, y así quedó expresado en el decreto de su convocatoria, mencionado por Nusenovich: «la muestra estaba dirigida tanto al exterior como al interior de la joven república, como un medio para que todos (y fundamentalmente ella misma) conociesen las riquezas y productos de las diferentes zonas que integraban su extenso y recientemente unificado territorio».⁷

El predio destinado a la exposición, próximo a la ciudad de Córdoba, abarcaba unas cinco manzanas y fue rentado a su propietario, Nicolás Peñaloza. Para las obras, mucho más modestas naturalmente que las de los modelos europeos, se adoptó la propuesta de Pompeyo Moneta, ingeniero milanés a quien se había designado jefe de la Oficina de Ingenieros en el mismo 1869.⁸

No se han conservado planos de los edificios, por lo que sabemos hasta el momento, pero sí existen algunos dibujos, publicados en 1871 en *L'Illustration* de París, y unas pocas fotografías. Por lo que estas imágenes nos permiten observar, se trataba de una construcción re-

⁷ NUSENOVICH, Marcelo. «La Exposición Nacional de 1871 en Córdoba como espacio ritual: algunas consideraciones», pág. 4. Recuperado de: www.territoριoteatral.org.ar/html.2/articulos/pdf/n9_01.pdf (último acceso: 25/3/2020).

⁸ Para una completa referencia a la historia de Moneta en Argentina, véase: MAGAZ, María del Carmen; SCHÁVELZON, Daniel. «La Capitanía Central de Puertos y el Telégrafo Nacional: un doble edificio en la mitad del siglo XIX», documento presentado en el Instituto de Arte Americano en sus reuniones de Crítica. Recuperado de: www.iaa.fadu.uba.ar/cau/?p=1412 (último acceso: 26/3/2020).



Pabellón central de la Exposición Nacional de Córdoba (1871). Autor desconocido.

Exposición Nacional de Córdoba (1871), sector de acceso. Fotografía de Cesare Rocca.

lativamente sencilla, con cubiertas de chapa a dos aguas, rodeada de jardines y fuentes. También se agregaron dos construcciones semicubiertas de madera importadas de Estados Unidos y armadas *in situ*, donde se albergó la maquinaria agrícola.

Finalmente la exposición se abrió al público más de un año después de lo previsto,⁹ el 15 de octubre de 1871, y permaneció así por un breve período de tiempo, poco más de tres meses, hasta el 21 de enero de 1872. Sarmiento asistió a la inauguración acompañado de sus ministros, lo que, una vez más, revela la trascendencia que le asignaba a esta muestra.

Entre los diversos productos expuestos ocupó un lugar central la maquinaria agrícola, pues la tecnificación de la explotación agropecuaria era crucial para el proyecto sarmientino, focalizado

en este tipo de producción y tendiente a la «modernización» a través de la ciencia y la industria europeas. Según los registros, fue visitada por alrededor de treinta mil personas y hubo más de dos mil expositores provenientes de diversas provincias argentinas así como de otros países americanos y europeos.

Como hemos podido observar, la exposición funcionó como un hito fundacional de la presidencia de Sarmiento, una empresa a la que se consagró inmediatamente después de acceder al poder y a la que dedicó ingentes esfuerzos. Todo el ideario de Sarmiento está expresado en forma incipiente en la muestra, que fue un primer paso hacia la implementación del país que imaginaba. Por ello consideramos que esta exposición constituye sin duda un reflejo del nacimiento del proyecto sarmientino en Argentina.

⁹ El retraso se debió a la epidemia de fiebre amarilla de 1870.



Exposición Nacional de Córdoba (1871), jardines. Fotografía de Cesare Rocca.

La Exposición Internacional del Centenario (Buenos Aires, 1910)

Sarmiento murió en 1888, cuando el proyecto de su generación ya estaba en pleno desarrollo. En lo que se refiere a las «campanas al desierto», Roca y sus sucesores habían ocupado íntegramente la Patagonia y reducido a los pueblos originarios supervivientes. Y, en cuanto a la repoblación con inmigrantes preferentemente europeos, el segundo censo nacional, realizado en 1895, indicó que la población era de algo más de cuatro millones, el doble del resultado del primero, promovido por Sarmiento en su presidencia veintiséis años atrás, en 1869. Pero la progresión geométrica de incremento poblacional no se detuvo aquí, y el tercer censo, de 1914, mostraba que ya había casi ocho millones de habitantes.

Por ello, las celebraciones del primer centenario de la independencia argentina en 1910 tuvieron lugar en el marco del mayor apogeo del proyecto de Sarmiento y su generación. Buenos Aires era por

Pabellón de Bellas Artes.
Exposición
del Centenario
Argentino (1910).



entonces la ciudad más grande de Latinoamérica. Ya se había contratado la construcción del que sería el primer metro en una ciudad de habla hispana, y uno de los primeros del mundo, y la vieja ciudad colonial se había transformado en una metrópoli moderna a una velocidad inédita. En esa Buenos Aires se decidió conmemorar el centenario nacional, pero, sobre todo, celebrar con una gran exposición internacional el éxito del proyecto sarmientino.

En este caso se trató de una gran muestra, acorde con el contexto, que ocupó diversos predios ubicados en el sector norte de la ciudad. Cada uno de ellos estaba dedicado a temas prioritarios del modelo, entre los que destacaban los de Agricultura, Ferrocarriles, Industria e Higiene. Hubo también uno de Artes, que funcionó en un edificio que había sido Pabellón Argentino en la Exposición Universal de París en 1889 y que más tarde se desmontó, trasladó y reinstaló en Buenos Aires.

Hubo también representación de diversos países de Latinoamérica y especialmente de Europa, de donde provenían la mayor parte de los inmigrantes que por entonces arribaban a Argentina. El pabellón español fue proyectado en estilo modernista catalán por



el arquitecto Julián García Núñez. La mayoría de las construcciones se demolieron una vez acabada la muestra, aunque algunas permanecieron por un tiempo más, como el pabellón que había estado en París, que fue luego la primera sede del Museo Nacional de Bellas Artes.

Pabellones de Alemania, Italia, Paraguay y Francia. Exposición del Centenario Argentino (1910).

En el presente, uno de los pocos restos que subsisten es el que originalmente fue Pabellón del Servicio Postal. Años más tarde, en el terreno donde se ubicaba se instaló un cuartel militar sin demoler el edificio, pero este se fue deteriorando gradualmente. Ya en la década de 1990 se permitió la instalación de un centro comercial en una parte del predio del cuartel, y el pabellón permaneció insólitamente detrás del aparcamiento. Actualmente hay proyectos para restaurarlo y darle un uso cultural, aunque aún no se han concretado.

En el marco de la exposición llegaron a Argentina diversos visitantes ilustres y hubo un sinnúmero de actividades paralelas de la

La Plaza de Mayo
y sus monumentos
adyacentes iluminados
por los festejos
del centenario.



más diversa índole, desde comerciales hasta culturales y, más allá de las instalaciones específicas de la muestra, la ciudad completa se engalanó para esas fechas a fin de mostrar el progreso argentino. Uno de los medios más espectaculares en este sentido fue la iluminación de espacios públicos y monumentos, que resultaba una absoluta novedad para entonces y que a la vez transformaba el espacio urbano de una forma inédita.

Pero cabe señalar que el apogeo del modelo agroexportador coexistía con una situación social mucho más compleja. La riqueza generada por las exportaciones quedaba en gran medida en manos de unas pocas familias, cuyos miembros, frecuentemente emparentados entre sí, eran los grandes propietarios de las tierras ocupadas tras las campañas al desierto. Por otra parte, la llegada de los inmigrantes predominantemente europeos que imaginó Sarmiento no resultó ser la fuente de «civilización» imaginada, pues estos, naturalmente, no surgían de la burguesía ilustrada que la oligarquía frecuentaba, sino que, por el contrario, provenían de los sectores más pobres de Europa.

Así lo explica Margarita Gutman: «Los grupos dirigentes encontraron, de pronto, que la inmigración no constituía el factor de pro-

greso imaginado por los hombres de la generación del 80, sino que era portadora de una nueva barbarie».¹⁰ De hecho, los inmigrantes, que integraban la porción más desfavorecida de la sociedad y que traían la experiencia de la sindicalización y de movimientos como el anarquismo, rápidamente generaron organizaciones locales y comenzaron a manifestarse para reclamar una mayor equidad en la distribución de la riqueza. Surgieron así huelgas y movilizaciones que resultaban un peligro para la imagen espléndida de Argentina que el Gobierno quería dar ante el mundo en los festejos del centenario, por lo que toda la exposición y celebraciones descriptas tuvieron que darse en el marco de un estado de sitio declarado por el entonces presidente, José Figueroa Alcorta.

Por ello, entendemos que esta monumental Exposición, con toda una ciudad iluminada recibiendo a visitantes ilustres, pero a la vez militarizada para impedir movimientos sociales, representa el punto de inflexión del proyecto sarmientino que venimos desarrollando. Es, a la vez, la cima máxima de sus logros y el inicio de su ocaso.

La Exposición de la Industria Argentina (Buenos Aires, 1933)

Como hemos señalado en la sección precedente, desde distintos ámbitos fue emergiendo una oposición al modelo de Sarmiento y su generación. Esta oposición adoptó distintas formas, desde reclamos sociales de los inmigrantes hasta reacciones en el seno de la propia clase dirigente, que cuestionaba aspectos del proyecto.

Hubo una generación de intelectuales, nacidos alrededor de las décadas de 1870 y 1880, que en las primeras décadas del siglo xx criticaron las políticas sarmientinas por extranjerizantes. Estos autores defendieron diferentes modelos de nacionalismo, americanismo e hispanismo y destacaron los valores tradicionales que, de acuerdo con su mirada, se estaban perdiendo con el cosmopolitismo imperante. Personajes todos ellos contemporáneos, como Ricardo Rojas (1882-

¹⁰ GUTMAN, Margarita (1995). «Martín Noel y el neocolonial en Argentina: Inventando una tradición». En: AA. VV., *El arquitecto Martín Noel, su tiempo y su obra*. Sevilla: Junta de Andalucía, pág. 42.

1957), Manuel Gálvez (1882-1962), Arturo Capdevila (1889-1967) y Enrique Larreta (1873-1961), fueron los principales exponentes de este abanico de variantes nacionalistas. Debemos tener en cuenta que estos autores, pertenecientes por lo general a familias criollas descendientes de los antiguos colonos españoles previos a la inmigración masiva, veían también con desconfianza la avalancha de inmigrantes que estaba transformando todo a su paso.

Gálvez, por ejemplo, explicaba la «necesidad» de esa vuelta a «lo familiar» representado por las tradiciones españolas subsistentes en el período colonial frente a la «descaracterización» provocada por la inmigración: «La influencia española es necesaria para nosotros, pues, lejos de descaracterizarnos, como ciertas influencias exóticas, nos ayuda a afirmar nuestra índole americana y argentina».¹¹ Para aclarar luego específicamente que la inmigración era la causante de la «descaracterización» mencionada: «Las inmigraciones, en inconsciente labor de descaracterización, no han logrado ni lograrán arrancarnos la fisonomía familiar».¹²

Ya específicamente en el campo de nuestra especialidad, la arquitectura, hubo también exponentes de esta corriente, como el contemporáneo Martín Noel (1888-1963), autor —entre otras obras— del pabellón argentino en la exposición iberoamericana de Sevilla (1929). Noel detectaba los cambios producidos en la sociedad a raíz del proyecto europeísta:

Observamos además: que[,] si bien nuestra República no obedece en manera integral a la cultura hispanoamericana, contados años de cosmopolitismo no pueden —en manera alguna— destruir los gérmenes de aquella civilización madre.¹³

De la mano de esta corriente de pensamiento surgió un renovado interés por la historia y las artes del período colonial. Noel y otros estudiosos, como Juan Kronfuss, se dedicaron a relevar y elogiar los

¹¹ GÁLVEZ, Manuel (1936 [1913]). *El solar de la raza*. Buenos Aires: Tor, pág. 16.

¹² *Ibid.*, pág. 39.

¹³ NOEL, Martín (1929). *España vista otra vez*. Madrid: Editorial España, pág. 13.